

Fuíme adelante, y dejélos, con deseo de llegar adonde estaban los que no supieron pedir á Dios. ¡Oh que muestras de dolor tan grandes hacian! ¡Oh qué sollozos tan lastimosos! Todos tenian las lenguas condenadas á perpetua cárcel, y poseidos del silencio. ¡Tal martirio, en voces ásperas de un demonio, recibian por los oídos! ¡Oh corvas almas, inclinadas al suelo, que con oracion logrera, y ruego mercader y comprador, os atrevisteis á Dios y le pedisteis cosas, que de vergüenza de que otro hombre las oyese, aguardábades á coger solo los retablos! ¿Pues cómo, mas respeto tuvisteis á los mortales que al Señor de todos? Quien os ve en un rincon medrosos de ser oídos, pedir murmurando, sin dar licencia á las palabras que se saliesen de los dientes, cerrados de ofensas: Señor, muera mi padre, y acabe yo de suceder en su hacienda: llevaos á vuestro reino á mi mayor hermano, y asegúradme á mí el mayorazgo: hallé yo una mina debajo de mis piés: el rey se incline á favorecerme, y véame yo cargado de sus favores; y ved á lo que llegó vuestra desvergüenza, que osasteis decir: Y haced esto, que si lo haceis, yo os prometo de casar dos huérfanas, de vestir seis pobres, y de daros frontales. ¡Qué ceguedad de hombres, prometer dádivas al que pedís, con ser la suma riqueza! Pedisteis á Dios por merced lo que él suele dar por castigo: y si os lo da, os pesa de haberlo tenido cuando morís, y si no os lo da, cuando vivís; y así de puro necios siempre teneis quejas. Y si llegais á ser ricos por votos, decidme, ¿cuáles cumplís? ¿Qué tempestad no llena de promesas los santos? ¿Y que bonanza tras ella no los torna á desnudar, con olvido de toques de campanas? ¿Qué de preseas ha ofrecido á los altares la espantosa cara del golfo? ¿Y qué de ellas ha muerto y quitado de los mismos templos el puerto? Nacen vuestros ofrecimientos de necesidad y no de devocion. ¿Pedisteis alguna vez á Dios lo que conviene? ¿paz en el alma, aumento de gracia, favores suyos, ó inspiraciones? No por cierto; ni aun sabeis para qué son menester estas cosas, ni lo que son. Ignorais que el holocausto, sacrificio y oblacion que Dios recibe de vosotros, es de la pura conciencia, humilde espíritu, caridad ardiente; y esto acompañado con lágrimas es moneda, que aun Dios (si puede) es codicioso en nosotros. Dios (hombres) por vuestro bien gusta que os acordeis de él: y como (si no es en los trabajos) no os acordais, por eso os dá trabajos, porque ten-

gais de él memoria. Considerad vosotros, necios demandadores, ¡cuán brevemente se os acabaron las cosas, que importunos pedísteis á Dios! ¡qué presto os dejaron; y cómo, ingratos, no os fueron compañía en el postrer paso! ¿Veis cómo vuestros hijos aun no gastan de vuestras haciendas un real en obras pías, diciendo que no es posible que vosotros gustéis de ellas, porque si gustárades, en vida hiciérades algunas? Y pedís tales cosas á Dios, que muchas veces por castigo de la desvergüenza con que las pedís os las concede. Y bien, como suma sabiduría, conoció el peligro que tenís en saber pedir, pues lo primero que os enseñó en el *Pater noster* fué pedirle; pero pocos entendeis aquellas palabras donde Dios enseñó el lenguaje con que habeis de tratar con él. Quisieron responderme; mas no les daban lugar las mordazas.

Yo, que ví que no habian de hablar palabra, pasé adelante, donde estaban juntos los ensalmadores ardiéndose vivos, y los saludadores tambien condenados por embustidores. Dijo un diablo: Véislos aquí á estos tratantes en santiguaderas, mercaderes de cruces, que embelesaron el mundo, y quisieron hacer creer que podia tener cosa buena un hablador. Gente es esta ensalmadora, que jamás hubo nadie que se quejase de ellos: porque si les sanan, antes se lo agradecen; y si los matan, no se pueden quejar, y siempre los agradecen lo que hacen, y dan contento; porque si sana, el enfermo los regala; y si matan, el heredero les agradece el trabajo. Si curan con agua y trapos la herida que sanara por virtud de naturaleza, dicen que es por ciertas palabras virtuosas que les enseñó un judío. ¡Mirad que buen origen de palabras virtuosas! Y si se enfistola, empeora y muere, dicen que llegó su hora, y el badajo que se la dió, y todo. ¿Pues qué es de oír á estos las memorias que cuentan de uno que tenia las tripas fuera en la mano, en tal parte; y otro que estaba pasado por las ijadas? y lo que mas me espanta es, que siempre he medido la distancia de sus curas, y siempre las hicieron cuarenta ó cincuenta leguas de allí, estando en servicio de un señor, que há ya trece años que murió, porque no se averigüe tan presto la mentira; y por la mayor parte, estos tales que curan con agua enferman ellos por vino. Al fin estos son por los que se dijo: Hurtan que es bendicion, porque con la bendicion hurtan,

tras ser siempre gente ignorante. Y he notado que casi todos los ensalmos están llenos de solecismos; y no sé qué virtud se tenga el solecismo, por la cual se pueda hacer nada. Al fin, vaya dó fuere, ellos están acá algunos; que otros hay buenos hombres, que como amigos de Dios alcanzan de él la salud para los que curan: que la sombra de sus amigos suelen dar vida.

Pero para ver buena gente, mirad los saludadores que tambien dicen que tienen virtud. Ellos se agraviaron y dijeron, que era verdad que la tenían. Y á esto respondió un diablo: ¿Cómo es posible que por ningun camino se halle virtud en gente que anda siempre soplando? Alto, dijo un demonio, que me he enojado: vaya al cuartel de los porquerones, que viven de lo mismo. Fueron, aunque á su pesar; y yo bajé otra grada por ver los que Judas me dijo que eran peores que él, y topé en una alcoba muy grande una gente desatinada, que los diablos confesaban que ni los entendian, ni se podian averiguar con ellos. Eran astrólogos y alquimistas. Estos andaban llenos de hornos y crisoles, de lodos, de minerales, de escorias, de cuernos, de estiércol, de sangre humana, de polvos y de alambiques. Aquí calcinaban, allá lavaban, allí apartaban, y acullá purificaban. Cual estaba fijando el mercurio al martillo, y habiendo resuelto la materia viscosa, y ahuyentádola la parte sutil, lo corruptivo del fuego, en llegándose á la copela, se le iba en humo. Otros disputaban si habia de dar fuego de mecha, ó si el fuego, ó no fuego de Raimundo habia de entenderse de la cal, ó si de luz efectiva del calor y no de calor efectivo de fuego. Cuáles con el signo de Hermete daban principio á la obra magna, y en otra parte miraban ya el negro blanco y le aguardaban colorado; y juntando á esto la proporcion de naturaleza, con naturaleza se contenta la naturaleza, y con ella misma se ayuda, y los demás oráculos ciegos suyos, esperaban la reduccion de la primera materia y al cabo reducian su sangre á la postrera podre; y en lugar de hacer del estiércol, cabellos, sangre humana, cuernos y escoria oro, hacian del oro estiércol gastándolo neciamente. ¡Oh, que voces oí sobre el padre muerto ha resucitado, y tornarle á matar! ¡Y qué bravas las daban sobre entender aquellas palabras tan referidas de todos los autores químicos: ¡Oh, gracias sean dadas á Dios, que de la cosa mas vil del mundo permite hacer una cosa tan rica!

Sobre cuál era la cosa mas vil se ardián. Uno decia, que ya la habia hallado; y si la piedra filosofal se habia de hacer de la cosa mas vil, era fuerza hacerse de corchetes. Y los cocieran y destiláran, si no dijera otro que tenían mucha parte de aire, para poder hacer la piedra: que no habia de tener materiales tan vaporesos. Y así se resolvieron, que la cosa mas vil del mundo, eran los sastres, pues á cada punto se condenaban, y que era gente mas enjuta.

Cerraran con ellos, si no dijera un diablo: ¿Quereis saber cuál es la cosa mas vil? Los alquimistas; y así, porque se haga la piedra, es menester quemaros á todos. Diéronles fuego, y ardián casi de buena gana solo por ver la piedra filosofal.

Al otro lado no era menos la trulla de astrólogos y supersticiosos. Un quiromántico iba tomando las manos á todos los otros que se habian condenado; diciendo: Qué claro que se ve que se habian de condenar estos, por el monte de Saturno. Otro, que estaba á gatas con un compás midiendo alturas y notando estrellas, cercado de efemérides y tablas, se levantó y dijo en altas voces: Vive Dios, que si me pariera mi madre medio minuto antes, que me salvo: porque Saturno en aquel punto mudaba el aspecto, y Marte se pasaba á la casa de la vida, el Escorpion perdía su malicia, y yo como di en procurador, fui pobre mendigó. Otro tras él andaba diciendo á los diablos que le mortificaban, que mirasen bien si era verdad que él habia muerto; que no podia ser, á causa que tenia á Júpiter por ascendiente, y á Vénus en la casa de la vida, sin aspecto ninguno malo, y que era fuerza que viviese noventa años. Miren, decia, que les notifico, que miren bien si soy difunto, porque por mi cuenta es imposible que pueda ser esto. En esto iba y venia sin poderlo nadie sacar de aquí.

Y para emendar la locura de estos salió otro geométrico poniéndose en puntos con las ciencias, haciendo sus doce casas, gobernadas por el impulso de la mano y rayas, á imitacion de los dedos, con supersticiosas palabras y oraciones: y luego, despues de sumados sus pares y nones, sacando juez y testigos, comenzaba á querer probar cuál era el astrólogo mas cierto; y si dijera mas puntual, acertara, pues es su ciencia de punto como calza, sin niugun fundamento; aunque pese á Pedro Albano, que era uno de los que allí estaban acompañando á Cornelio Agripa (que

con una alma ardia en cuatro cuerpos de sus obras malditas y descomulgadas) famoso hechicero. Tras esto ví con su Poligrafía y Esteganografía á Tritemio, que así llaman al autor de aquellas obras escandalosas, muy enojado con Cardano, que estaba enfrente, porque dijo mal de él solo, y supo ser mayor mentiroso en sus libros de *Subtilitate*, por hechizos de viejas, que en ellos juntó. Julio César Escalígero se estaba atormentando por otro lado en sus *Ejercitaciones*, mientras pensaba las desvergonzadas mentiras que escribió de Homero y los testimonios que le levantó, por levantar á Virgilio Aras, hecho idólatra de Maron. Estaba riéndose de sí mismo Artesio con su mágica, haciendo las tablillas para entender el lenguaje de las aves; y Checo de Ascoli muy triste y pelándose las barbas, porque tras tanto experimento disparatado no podia hallar nuevas necedades que escribir. Teofrasto Paracelso estaba quejándose del tiempo que habia gastado en la alquimia; pero contento en haber escrito medicina y mágica, que nadie la entendia, y haber llenado las imprentas de pullas, á vuelta de muy agudas cosas. Y detrás de todos estaba Habequer el pordiosero, vestido de los andrajos de cuantos escribieron mentiras y desvergüenzas, hechizos y supersticiones, hecho su libro una ginebra de moros, gentiles y cristianos. Allí estaba el secreto autor de la *Clavicula Salomonis* y el que le imputó los sueños. ¡Oh cómo se abrasaba, burlado de vanas y necias oraciones, el hereje que hizo el libro: *Adversus omnia pericula mundi!* ¡Qué bien ardia el Catan, y las obras de Races! Estaba Taisnerio, con su libro de fisonomías y manos, penando por los hombres que habia vuelto locos con sus disparates: y reíase, sabiendo el bellaco que las fisonomías no se pueden sacar ciertas de particulares rostros de hombres, que ó por miedo, ó por no poder, no muestran sus inclinaciones y las reprimen, sino solo de rostros y caras de príncipes y señores sin superior, en quien las inclinaciones no respetan nada para mostrarse. Estaba luego un triste autor con sus rostros y manos, y los brutos, concertando por las caras la similitud de las costumbres. A Escoto el italiano ví allá, no por hechicero y mágico, sino por mentiroso y embustero. Habia otra gran tropa y aguardaban sin duda mucha gente, porque habia grandes campos vacíos y nadie estaba con justicia entre todos estos autores, presos por hechiceros, si-

no fueron mas mujeres hermosas, porque sus caras lo fueron solas en el mundo. ¡Oh verdaderos hechizos! Que las damas solo son veneno de la vida, que perturbando las potencias, y ofendiendo los órganos á la vista, son causa de que la voluntad quiera por bueno lo que ofendidas las especies representan. Viendo esto, dije entre mí: Ya me parece que vamos llegando al cuartel de esta gente.

Dime priesa á llegar allá, y al fin asoméme á parte, donde sin favor particular del cielo no se podia decir lo que habia. A la puerta estaba la Justicia espantosa, y en la segunda entrada el Vicio desvergonzado, y soberbio: la Malicia ingrata é ignorante: la Incredulidad resoluta y ciega y la Inobediencia bestial y desbocada. Estaba la Blasfemia insolente y tirana, llena de sangre, ladrando por cien bocas y vertiendo veneno por todas, con los ojos armados de llamas ardientes. ¡Grande horror me dió el umbral! Entré, y ví á la puerta la gran suma de herejes antes de Cristo. Estaban los ofiteos, que se llaman así en griego de la serpiente que engañó á Eva, la cual veneraron á causa de que supiésemos del bien y del mal. Los cainanos, que alabaron á Cain, porque como decian, siendo hijo del mal, prevaleció su mayor fuerza contra Abel. Los sethianos, de Seth. Estaba Dosileo ardiendo como un horno, el cual creyó que se habia de vivir solo segun la carne, y no creia la resurreccion, privándose á sí mismo (ignorante mas que todas las bestias) de un bien tan grande; pues cuando fuera así, que fuéramos solo animales como los otros para morir consolados habíamos de fingirnos eternidad á nosotros mismos. Y así llama Lucano en boca agena á los que creen la inmortalidad del alma: *Felices errore suo*: dichosos con su error. Si eso fuera así, que murieran las almas con los cuerpos malditos, dije yo, siguiérase que el animal del mundo á quien Dios dió menos discurso, es el hombre; pues entiende al revés lo que mas importa, esperando inmortalidad, y seguirse ha, que á la mas noble criatura dió menos conocimiento, y crió para mayor miseria la naturaleza, que Dios no: pues quien sigue esa opinion no lo fie. Estaba luego Aspad, autor de los saduceos. Los fariseos estaban aguardando al Mesías, no como Dios, sino como hombre. Estaban los eliogaristas devictiacos, adoradores del sol; pero los mas graciosos son los que veneran las ranas,

que fueron plaga á Faraon por ser azote de Dios. Estaban los muscoritos haciendo ratonera al arca á puro raton de oro. Estaban los que adoraron la mosca acaronita: Ocíás el que quiso pedir á una mosca antes salud que á Dios, por lo cual Elías le castigó. Estaban los trogloditas, los de la fortuna del cielo, los de Baal, los Astarot, los del ídolo Moloch y Temfan de la ara de Tofet, los pateoritas, herejes veraniscos de pozos, los de la serpiente de metal, y entre todos sonaba la barahunda y el llanto de las judías, que debajo de tierra en las cuevas lloraba Samar en su simulacro. Seguian los dathalitas, luego la Pithonisa arremangada, y detras los de Astar y Astarot, y al fin los que aguardaban á Herodes y de este se llaman herodianos. Tuve á todos estos por locos y mentecatos; mas llegué luego á los herejes que habia despues de Cristo: allí ví á muchos, como Menandro y Simon Mago su maestro. Estaba Saturnino inventando disparates. Estaba el maldito Basilides heresiarca. Estaba Nicolás Antioqueno, Carpócrates y Cherinto y el infame Ebion. Vino luego Valentino, el que dió por principio de todo el mar y el silencio. Menandro el mozo de Samaria decia, que él era el Salvador, y que habia caido del cielo; y por imitarlo, decia detras de él Montano Frigio, que él era el Paraclete. Síguenle las desdichadas Prisca y Maxinilla heresiarcas. Llamáronlos sus secuaces catafriges; y llegaron á tanta locura, que decian que en ellos y no en los apóstoles vino el Espíritu Santo. Estaba Nepos obispo, en quien fué corozá la mitra, afirmando que los santos habian de reinar con Cristo en la tierra mil años en lascivias y regalos. Venia luego Sabino, prelado hereje arriano, el cual en el concilio Niceno llamó idiotas á los que no seguian á Arrio. Despues en miserable lugar estaban ardiendo por sentencia de Clemente pontífice máximo, que sucedió á Benedicto, los templarios, primero santos en Jerusalem, y luego de puro ricos, idólatras y deshonestos. ¿Y qué fué ver á Guillermo el hipócrita de Ambers, hecho padre de putas, prefiriendo las rameras á las honestas, y la fornicacion á la castidad? A los piés de este yacía Bárbara, mujer del emperador Sigismundo, llamando necias á las vírgenes, habiendo hartas. Ella (bárbara como su nombre) servia de emperatriz á los diablos, y no estando harta de delitos, ni aun cansada (que en esto quiso llevar ventaja á Mesalina) decia que

moria el alma y el cuerpo, y otras cosas bien dignas de su nombre.

Fuí pasando por estos y llegué á una parte donde estaba uno solo arrinconado y muy sucio, con un zancajo menos y un chirlo por la cara, lleno de cencerros y ardiendo y blasfemando. ¿Quién eres tú, le pregunté, que entre tantos malos eres el peor? Yo, dijo él, soy Mahoma; y decíasele el tallecillo, la cuchillada y los dijes de arriero. Tú eres, dije yo, el mas mal hombre que ha habido en el mundo y el que mas almas ha traído acá. Todo lo estoy pasando, dijo, mientras los malaventurados africanos adoran el zancarrón ó zancajo que aquí me falta. Picaron, ¿por qué vedaste el vino á los tuyos? Y me respondió: Porque si tras las borracheras que les dejé en mi Alcoran, les permitiera las del vino, todos fueran borrachos. ¿Y el tocino por qué se lo vedaste, perro, esclavo descendiente de Agar? Eso hice por no hacer agravio al vino, que lo fuera comer torreznos y beber agua; aunque yo vino y tocino gastaba. Y quise tan mal á los que creyeron en mí, que acá los quité la gloria, y allá los perniles y las botas. Y últimamente mandé que no defendiesen mi ley por razon, porque ninguna hay ni para obedecerla, ni sustentarla: remítisela á las armas, y metilos en ruido para toda la vida. Y el seguirme tanta gente no es en virtud de milagros, sino solo en virtud de darles la ley á medida de su apetito, dándoles mujeres para mudar, y por extraordinario deshonestidades tan feas como las quisiesen; y con esto me seguian todos. Pero no se remató en mi todo el daño: tiende por ahí los ojos, y verás qué honrada gente topas.

Volvíme á un lado, y ví todos los herejes de ahora, y topé con Maniqueo. ¡Oh que ví de calvinistas arañando á Calvinio! y entre estos estaba el principal Josefo Escalígere, por tener su punto de atheista, y ser tan blasfemo, deslenguado, vano y sin juicio. Al cabo estaba el maldito Lutero con su capilla y sus mujeres, hinchado como un sapo, y blasfemando; y Melancton comiéndose las manos tras sus herejías. Estaba el renegado Beza, maestro de Ginebra, leyendo, sentado en cátedra de pestilencia; y allí lloré viendo el Enrico Estéfano. Preguntéle no sé qué de la lengua griega; y estaba tal la suya, que no pudo responderme sino con bramidos. ¡Espántome, Enrico, de que supieses nada! ¿De qué te

aprovecharon tus letras y agudezas? Mas le dijera si no me enterneciera la desventurada figura en que estaba el miserable penando. Estaba ahorcado de un pié Helyoheovanò Heso, célebre poeta, competidor de Melancton. ¡Oh cómo lloré mirando su gusto torpe con heridas y golpes, y afeados con llamas sus ojos!

Díme prisa á salir de este cercado, y pasé á una galería, donde estaba Lucifer cercado de diablas; que tambien hay hembras como machos. No entré dentro, porque no me atreví á sufrir su aspecto disforme; solo diré que tal galería, y tan bien ordenada, no se ha visto en el mundo, porque toda estaba colgada de emperadores y reyes vivos como acá muertos. Allí ví toda la casa otomana, y los de Roma por su órden. Ví graciosísimas figuras: hilando á Sardanápalo, glotoneando á Eliogábalo, á Sapor emparentando con el sol y las estrellas. Viriato andaba á palos tras los romanos, Atila revolvía el mundo, y Belisario ciego acusaba á los atenienses.

Llegó á mí el portero y me dijo: Lucifer manda, que porque tengais que contar en el otro mundo, que veais su camarín. Entré allá, y era un aposento curioso, y lleno de buenas joyas: tenia cosa de seis ó siete mil cornudos, y otros tantos alguaciles manidos. ¿Aquí estais? dije yo: ¿cómo diablos os habia de hallar en el infierno, si estábais aquí? Habia pipotes de médicos, y muchísimos coronistas, lindas piezas, aduladores de molde, y con licencia. Y en las cuatro esquinas estaban ardiendo por hachas cuatro malos pesquisidores. Y todas las poyatas (que son los estantes) llenas de vírgenes, rociadas doncellas, penadas como tazas; y dijo el demonio: Doncellas son, que se vinieron al infierno con las doncelleces fiambres, y por cosa rara se guardan. Seguíanse luego demandadores haciendo labor con diferentes sayos; y de las ánimas habia muchos, porque piden para sí mismos, y consumen ellos en vino cuanto les dan. Habia madres postizas, y trastenderas de sus sobrinas, y suegras de sus nuevas. Por mascarones alrededor estaba en una peana Sebastian Gertel, general en lo de Alemania contra el emperador, tras haber sido alabardero suyo.

No acabara yo de contar lo que ví en el camino, si lo hubiera de decir todo. Salíme fuera, y quedé como espantado, repitiendo conmigo estas cosas. Solo pido á quien las leyere las lea de suer-

te, que el crédito que les diere le sea provechoso para no experimentar, ni ver estos lugares ; certificando al lector, que no pretendo en ello ningun escándalo, ni reprension, sino de los vicios; pues decir de los que están en el infierno no puede tocar á los buenos. Acabé este discurso en el Fresno á postrero de abril de 1608.

FIN DE LAS ZAHURDAS DE PLUTON.

EL MUNDO POR DEDENTRO.

A DON PEDRO GIRON,

DUQUE DE OSUNA, MARQUÉS DE PEÑAFIEL, CONDE DE UREÑA.

Estas burlas que llevan en la risa disimulado algun miedo provechoso, envío para que V. E. se divierta de grandes ocupaciones algun rato. Pequeña es la demostración, mas yo no puedo dar mas; y solo me consuela ver que la grandeza de V. E. á mucho menos hace honra y merced. En la Aldea, abril 26 de 1610.
—Don Francisco de Quevedo Villegas.

AL LECTOR,

como Dios me lo depare, cándido ó purpúreo, pio ó cruel, benigno ó sin sarna.

Es cosa averiguada (así lo siente Metrodoro Chio, y otros muchos) que no se sabe nada, y que todos son ignorantes, y aun esto no se sabe de cierto, que á saberse, ya supiera algo; sospéchase. Dícelo así el doctísimo Francisco Sanchez, médico y filósofo, en su libro, cuyo título es: *Nihil scitur*. No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden á la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada, y estudian para saber, y estos tienen buenos deseos y vano ejercicio: porque al cabo solo les sirve el estudio de conocer como toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no

saben nada, y no estudian, porque piensan que lo saben todo. Son de estos muchos irremediabiles: á estos se les ha de envidiar el ocio y la satisfaccion, y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada; y á estos se les habia de castigar la hipocresia con creerles la confesion. Otros hay (y en estos, que son los peores, entro yo) que no saben nada, ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada, y todos dicen de ellos lo mismo, y nadie miente; y como gente que en cosas de letras y ciencias tiene que perder tan poco, se atreven á imprimir y sacar á luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer á las imprentas, sustentan á los librerros, gastan á los curiosos, y al cabo sirven á las especerías. Yo, pues, como uno de estos, y no de los peores ignorantes, no contento con haber soñado el juicio, ni haber endemoniado un alguacil, y últimamente escrito el infierno, ahora salgo sin ton ni son, pero no importa que esto no es bailar, con el Mundo por Dedentro. Si te agradare y pareciere bien, agrádcelo á lo poco que sabes, pues de tan mala cosa te contentas. Y si te pareciere malo, culpa mi ignorancia en escribirlo, y la tuya en esperar otra cosa de mí. Dios te libre, lector, de prólogos largos, y de malos epitetos.

DISCURSO.

Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas de esta vida, y así con una solitud anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad, y diviértase con ella: tiene por ejercicio el apetito, y este nace de la ignorancia de las cosas; pues si las conociera cuando codicioso y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia. Y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete y persuade tanta hermosura en los deleites y gustos; lo cual dura solo en la pretensión de ellos; porque en llegando cualquiera á ser poseedor, es juntamente descontento. El mundo, que á nuestro deseo sabe la condicion para lisonjearla, pónese delante mudable y vario, porque la novedad y diferencia es el afeite con que mas nos atrae: con esto acaricia nuestros deseos, llévalos tras sí, y ellos á nosotros. Sea por todas las esperiencias mi suce-

so, pues cuando mas apurado me habia de tener el conocimiento de estas cosas, me hallé todo en poder de la confusion, poseido de la vanidad, de tal manera, que en la gran poblacion del mundo, perdido ya, corria donde tras la hermosura me llevaban los ojos, y adonde tras la conversacion los amigos de una calle en otra, hecho fábula de todos; y en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se me alargase el engaño. Ya por la calle de la ira, descompuesto, seguia las pendencias, pisando sangre y heridas: ya por la de la gula veia responder á los brándis turbados. Al fin, de una calle en otra andaba (siendo infinitas) de tal manera confuso, que la admiracion aun no dejaba sentido para el cansancio; cuando llamado de voces descompuestas, y tirado porfiadamente del manteo, volví la cabeza. Era un viejo venerable en sus canas, mal tratado, roto por mil partes el vestido, y pisado: no por eso ridículo, antes severo y digno de respeto. ¿Quién eres (dije), que así te confiesas envidioso de mi gusto? Déjame, que siempre los ancianos aborreceis en los mozos los placeres y deleites; no los que dejais de vuestra voluntad sino los que por fuerza os quita el tiempo: tú vas, yo vengo: déjame gozar el mundo. Desmintiendo sus sentimientos, riéndose, dijo: Ni te estorbo, ni te envidio lo que deseas; antes te tengo lástima. ¿Tú, por ventura, sabes lo que vale un dia? ¿Entiendes de cuanto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así alegre le dejas pasar, hurtado de la hora que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fué volverá cuando lo hayas menester, si le llamas? Dime, ¿has visto algunas pisadas de los dias? No por cierto, que ellos solos vuelven la cabeza á reirse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábetes que la muerte y ellos están eslabonados, y en una cadena; y que cuando mas caminan los dias que van delante de tí, tiran hácia tí, y te acercan á la muerte, que quizá la aguardas, y es ya llegada; y segun vives, antes será pasada que creida. Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive tan sin miedo de ella como si no la hubiese: que este la viene á temer cuando la padece; y embarazado con el temor, ni halla remedio á la vida, ni consuelo á su fin. Cuerdo es solo el que vive cada dia como quien cada dia y cada hora puede morir. Eficaz.

ces palabras tienes, buen viejo : traído me has el alma á mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos. ¿Quién eres, de dónde, y qué haces por aquí? Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien, y amigo de decir verdades en lo roto y poco medrado; y lo peor que tu vida tiene es no haber visto mi cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño : estos rasgones de la ropa son los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren : y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando, porque vine, y porque me vaya : que en el mundo todos decís que queréis desengaño ; y en teniéndole, unos os desesperais, otros maldecís á quien os le dió, y los mas corteses no le creéis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, ven conmigo, que yo te llevaré á la calle mayor, que es adonde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es ; que tú no alcanzas á ver sino lo que parece. ¿Y cómo se llama, dije yo, la calle mayor del mundo, dónde hemos de ir? Llámase, respondió, Hipocresía: calle que empezó con el mundo, y se acabará con él ; y no hay nadie casi que no tenga, si no una casa, un cuarto ó un aposento en ella. Unos son vecinos y otros paseantes ; que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son. ¿Y ves aquel que gana de comer como oficial, y se viste como hidalgo? es hipócrita ; y el dia de fiesta con el raso, el terciopelo, el cintillo y la cadena de oro se desfigura de tal suerte, que no lo conocerán las tijeras, agujas, ni jabon : parecerá tan poco sastre, que aun parece que dice verdad. ¿ Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? Pues debiendo medirse con su hacienda, é ir solo, por ser hipócrita y parecer lo que no es, se va metiendo á caballero ; y por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice, ni lo que hace, pues ni lo cumple, ni lo paga : y la hidalguía y la ejecutoria le sirve solo de dispensarle los casamientos que hace con sus deudas, que está mas casado con ellas que con su mujer. Aquel caballero por ser señoría no hay diligencia que no haga, y ha procurado hacerse Venecia por ser señoría ; sino que como se fundó en el viento, para serlo, se habia de fundar en el agua. Sustenta por parecer señor caza de halcones, que lo primero que matan es á su amo de hambre con la costa, y luego el rocin en que los llevan, y despues, cuando mucho, una graja ó un milano, y

ninguno es lo que parece. El señor, por tener acciones de grande, se empeña, y el grande remeda ceremonia de rey. ¿Pues qué diré de los discretos? ¿Ves aquel aciago de cara? pues siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal se alaba de que tiene poca memoria, quájase de melancolías, vive descontento, préciase de mal regido, y es hipócrita, que parece entendido y es mentecato. ¿No ves los viejos hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos? ¿No ves á los niños preciarse de dar consejos, y presumir de cuerdos? pues todo es hipocresía. ¿Pues en los nombres de las cosas no hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado: el botero, sastre del vino, que le hace de vestir: el mozo de mulas, gentil-hombre de camino: el bodegon, estado: el bodegonero, contador: el verdugo se llama miembro de la justicia: el corchete, criado: el fullero, diestro: el ventero, huésped: la taberna, ermita: la putería, casa: las putas, damas: las alcahuetas, dueñas: los cornudos, honrados. Amistad llaman al amancebamiento: trato á la usura: burla á la estafa: gracia á la mentira: donaire á la malicia: descuido á la bellaquería: valiente al desvergonzado: cortesano al vagamundo: al negro, moreno: señor maestro al albardero; y señor doctor al platicante. Así que no son lo que parecen, ni lo que se llaman: hipócritas en el nombre y en el hecho. ¿Pues unos nombres que hay generales! A toda pícara, señora hermosa: á todo hábito largo, señor licenciado: á todo gallofero, señor soldado: á todo bien vestido, señor hidalgo: á todo capigorrón, ó lo que fuere, canónigo ó arcediano; y á todo escribano, secretario. De suerte que todo el hombre es mentira, por cualquier parte que le examines, si no es que ignorante, como tú, crea las esperiencias. ¿Ves los pecados? Pues todos son hipocresía, y en ella empiezan y acaban, y de ella nacen y se alimentan la ira, la gula, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la pereza, el homicidio y otros mil. ¿Cómo me puedes tú decir, ni probarlo, si vemos que son diferentes y distintos? No me espanto que eso ignores, que lo saben pocos. Oye, y entenderás con facilidad eso, que así te parece contrario, que bien se conviene. Todos los pecados son malos: eso bien lo confiesas; y tambien confiesas, con filósofos y teólogos, que la voluntad apetece lo malo debajo de razon de bien; y que para

pecar no basta la representacion de la ira, ni el conocimiento de la lujuria, sin el consentimiento de la voluntad; y que eso, para que sea pecado, no aguarda la ejecucion, que solo le agrava mas; aunque en esto hay muchas diferencias. Esto así visto y entendido, claro está que cada vez que un pecado de estos se hace, que la voluntad lo consiente y lo quiere; y segun su natural, no pudo apetecerle sino debajo de razon de algun bien. ¿Pues hay mas clara y mas confirmada hipocresía que vestirse del bien en lo aparente, para matar con el engaño? ¿Qué esperanza es la del hipócrita? dice Job. Ninguna, pues ni la tiene por lo que es, pues es malo, ni por lo que parece, pues lo parece y no lo es. Todos los pecadores tienen menos atrevimiento que el hipócrita; pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios, ni en Dios; mas el hipócrita peca contra Dios y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar.

En esto llegamos á la calle mayor, y ví todo el concurso que el viejo me habia prometido. Tomamos puesto conveniente para registrar lo que pasaba, y fué un entierro en esta forma. Venian envainados en unos sayos grandes de diferentes colores unos pícaros haciendo una taracea de mullidores. Pasó esta recua incensando con las campanillas: seguian los muchachos de la doctrina, meninos de la muerte, y lacayuelos del ataud, chirriando la calavera: seguíanse luego doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas acompañando el cuerpo, y abrigando á los de la capacha, que hombreando testificaban el peso de la difunta. Detrás seguia larga procesion de amigos, que acompañaban en la tristeza y luto al viudo, que anegado en capuz de bayeta, y devanado en una chaia, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte que no se le podian hallar los ojos; corvos é impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola que arrastraba, iba tardo y perezoso. Lastimado de este espectáculo, ¡dichosa mujer, dije, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fé y el amor mas allá de la vida y sepultura! ¡Y dichoso viudo, que ha hallado tales amigos, que no solo acompañan su sentimiento, pero que parece que le vencen en él! ¿No ves qué tristes van y suspensos? El viejo, moviendo la cabeza, y sonriéndose, dijo: Desventurado, esto todo es por fuerza, y aparece así; pero ahora lo verás por de dentro, y verás con cuánta

verdad el ser desmiente las apariencias. ¿Ves aquellas luces, campanillas y mullidores, y todo este acompañamiento piadoso, que es sufragio cristiano y limosnero? esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben podricion y gusanos, se podrian escusar; empero tambien los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su soberbia. Allí no va sino tierra de menos fruto y mas espantosa de la que pisas, por sí no merecedora de alguna honra, ni aua de ser cultivada con arado ni azadon. ¿Ves aquellos viejos que llevan las hachas? Pues algunos no las atizan para que atizadas alumbren mas; sino porque atizadas á menudo, se derritan mas, y ellos hurten mas cera para vender. Estos son los que á la sepultura hacen la salva en el difunto y difunta, pues antes que ella lo coma, ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado, arrancándole un real ó dos: ¿Ves la tristeza de los amigos? Pues todo es ir en el entierro; y los convidados van dados al diablo con los que los convidaron, que quisieran mas pasearse ó asistir á sus negocios. Aquel que habla de mano con el otro, le va diciendo, que convidar á entierro y á misacantanos, donde se ofrece, no se puede hacer con un amigo; y que el entierro solo es convite para la tierra, pues á ella solamente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que pudiendo él haber enterrado á su mujer en un muladar, y sin costa y fiesta ninguna, le hayan metido en semejante barahunda, y gasto de cofradías y cera; y entre sí dice: Que le debe poco; que ya que se habia de morir, pudiera haberse muerto de repente, sin gastar en médicos, barberos, ni boticarios, y no dejarle empeñado en jarabes y pótimas. Dos ha enterrado con esta; y es tanto el gusto que recibe de enviudar, que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido; y fiado en su mala condicion y endemoniada vida, piensa doblarla el capuz en poco tiempo. Quedé espantado de ver todo esto ser así, diciendo: ¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos, y nada creeré menos de lo que viere. Pasó por nosotros el entierro, como si no hubiera de pasar por nosotros tan brevemente, y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino, y muda no nos dijera á todos: Delante voy, donde aguardo á los que quedais, acompañando á otros que yo ví pasar con este propio descuido.

Apartónos de esta consideracion el ruido que andaba en una casa á nuestras espaldas: entramos dentro á ver lo que fuese; y al tiempo que sintieron gente comenzó un plañido á seis voces de mujeres, que acompañaban una viuda. Era el llanto muy autorizado, pero poco provechoso al difunto. Sonaban palmadas de rato en rato, que parecia palmeado de disciplinantes. Oíanse unos sollozos estirados, embutidos de suspiros, pujados por falta de gana. La casa estaba despojada, las paredes desnudas; y la cuitada estaba en un aposento oscuro, sin luz ninguna, lleno de bayetas, donde lloraba á tiento. Unas decian: Amiga, nada se remedia con llorar. Otras: Sin duda goza de Dios. Cual la animaba á que se conformase con la voluntad del Señor. Y ella luego comenzaba á soltar el trapo, y llorando á cántaros, decia: ¡Para qué quiero yo vivir sin fulano! ¡Desdichada nací, pues no me queda á quien volver los ojos! ¡Quién ha de amparar á una mujer sola! Y aquí plañian todas con ella, y andaba una sonadera de narices, que se hundia la cuadra; y entonces advertí que las mujeres se purgan en un pésame de estos, pues por los ojos y las narices echan cuanto mal tienen. Enternecíme, y dije: Qué lástima tan bien empleada es la que se tiene á una viuda, pues por sí una mujer es sola, y por viuda mucho mas; y así su nombre es de mudas sin lengua, que eso significa la voz que dice viuda en hebreo, pues ni tiene quien hable por ella, ni atrevimiento: y como se ve sola para hablar, y aunque hable, como no la oyen, lo mismo es que ser mudas y peor. Esto remedian con meterse dueñas; pues en siéndolo, hablan de manera, que de lo que las sobra pueden hablar todos los mudos, y sobrar palabras para los tartajosos y pausados. Al marido muerto llaman el que pudre. Mirad cuáles son estas: y si muerto, que no las asiste, ni las guarda, ni las acecha, dicen que pudre, ¿qué dirian cuando vivo hacia todo esto? Eso, respondí, es malicia que se verifica en algunas; mas todas son un género femenino desamparado, y tal como aquí se representa en esta desventurada mujer. Dejadme, dije al viejo, llorar semejante desventura, y juntar mis lágrimas á las de estas mujeres. El viejo algo enojado dijo: ¿Ahora lloras, despues de haber hecho ostentacion vana de tus estudios, mostrándote docto y teólogo, cuando era menester mostrarte prudente? ¿No aguardaras á que yo te hubiera declarado estas cosas, para ver cómo mere-

cian que se hablase de ellas? ¿Mas quién habrá que detenga la sentencia ya imaginada en la boca? No es mucho, que no sabes otra cosa, y que á no ofrecerse la viuda, te quedabas con toda tu ciencia en el estómago. No es filósofo el que sabe donde está el tesoro, sino el que trabaja y le saca. Ni aun ese lo es del todo, sino el que despues de poseido usa bien de él: ¿Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos? Oye, verás esta viuda que por defuera tiene un cuerpo de resposos, como por de dentro tiene una ánima de aleluyas, las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿Ves la oscuridad del aposento, y el estar cubiertos los rostros con el manto? Pues es porque así como no las pueden ver, con hablar un poco gango-so, escupir, y remedar sollozos, hacen un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos una yesca. ¿Quiéreslas consolar? Pues déjalas solas, y bailarán en no habiendo con quien cumplir; y luego las amigas harán su oficio: Quedais moza, y es malograros: hombres habrá que os estimen: ya sabeis quien es fulano, que cuando no supla la falta del que está en la gloria, etc. Otras: Mucho debeis á D. Pedro, que os acudió en este trabajo: no sé qué me sospeche; y en verdad que si hubiera de ser algo, que por quedar tan niña os será forzoso. Y entonces la viuda muy recoleta de ojos, y muy estreñida de boca, dice: No es ahora tiempo de eso: á cargo de Dios está; él lo hará, si viere que conviene. Y advertid que el dia de la viudez es el dia que mas comen estas viudas, porque para animarlas no entra ninguna que no la dé un trago, y le haga comer un bocado: y ella lo come diciendo: Todo se vuelve ponzoña; y medio mascándolo dice: ¡Qué provecho puede hacer esto á la amarga viuda, que estaba hecha á comer á medias todas las cosas, y con compañía, y ahora se las habrá de comer todas enteras, sin dar parte á nadie, de puro desdichada! Mira, pues, siendo esto así, que á propósito vienen tus exclamaciones.

Apenas esto dijo el viejo, cuando arrebatados de unos gritos, ahogados en vino, de gran ruido de gente, salimos á ver qué fuese, y era un alguacil, el cual con solo un pedazo de vara en la mano, y las narices ajadas, deshecho el cuello, sin sombrero, y en cuerpo, iba pidiendo favor al rey, favor á la justicia, tras un ladron, que en seguimiento de una iglesia (y no de puro buen cristiano);

iba tan ligero como pedia la necesidad y le mandaba el miedo. Atrás, cercado de gente, quedaba el escribano, lleno de lodo, con las cajas en el brazo izquierdo, escribiendo sobre la rodilla. Y noté, que no hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder de escribano, pues en un instante tenia una resma al cabo. Pregunté la causa del alboroto, y dijeron que aquel hombre que huia era amigo del alguacil, y que le fió no sé qué secreto tocante en delito; y por no dejarlo á otro que lo hiciese, quiso él asirle. Huyósele despues de haberle dado muchas puñaldas; y viendo que venia gente, encomendóse á sus piés, y fué á dar cuenta de sus negocios á un retablo. El escribano hacia la causa, mientras el alguacil con los corchetes (que son podencos del verdugo, que siguen ladrando) iban tras él, y no le podian alcanzar. Y debia ser el ladron muy ligero, pues no le podian alcanzar soplones, que por fuerza corrian como el viento. ¿Con qué podrá premiar una república el celo de este alguacil; pues porque yo y el otro tengamos nuestras vidas, honras, y haciendas, ha aventurado su persona? Este merece mucho con Dios y con el mundo: mírale cuál va roto y herido, lleno de sangre la cara, por alcanzar aquel delincuente, y quitar un tropezon á la paz del pueblo. Basta, dijo el viejo, que si no te van á la mano, dirás un día entero. Sábetete que ese alguacil no sigue á ese ladron, ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie; sino que como ve que aquí le mira todo el mundo, córrese de que haya quien en materia de hurtar le eche el pié adelante, y por eso aguija por alcanzarle. Y no es culpable el alguacil porque le prendió siendo su amigo, si era delincuente; que no hace mal el que come de su hacienda; antes hace bien y justamente; y todo delincuente, y malo, sea quien fuere, es hacienda del alguacil, y le es lícito comer de ella. Estos tienen sus censos sobre azotes y galeras, y sus juros sobre la horca. Y créeme que el año de virtudes, para estos y para el infierno es estéril: y no sé cómo aborreciéndolos el mundo tanto, por venganza de ellos no dan en ser buenos adrede por uno ó por dos años, que de hambre y de pena se moririan; y renegad de oficio que tiene situados sus gajes donde los tiene situados Bercebú. Ya que en eso pongas tambien dolo, ¿cómo lo podrás poner en el escribano, que le hace la causa calificada con testigos? Riete de eso, dijo: ¿Has visto tú alguacil

sin escribano algun dia? No por cierto, que como ellos salen á buscar de comer, porque (aunque topen con un inocente) no vaya á la cárcel sin causa, llevan escribano que se la haga; y así, aunque ellos no den causa para que los prendan, hácesela el escribano, y están presos con causa: y en los testigos no repares, que para cualquiera cosa tendrán tantos como tuviere gotas de tinta el tintero; que los mas en los malos oficiales los presenta la pluma y los examina la codicia. Y si dicen algunos lo que es verdad, escriben lo que han menester y repiten lo que dijeron: y para andar como habia de andar el mundo, mejor fuera, y mas importa-ra, que el juramento que ellos toman al testigo, que jure á Dios y á la cruz decir verdad en lo que fuere preguntado, que el testi-go se le tomara á ellos de que la escribirán como ellos la dijeren. Muchos hay buenos escribanos, y alguaciles muchos; pero de sí el oficio es con los buenos como la mar con los muertos, que no los consiente, y dentro de tres dias los echa á la orilla. Bien me parece á mí un escribano á caballo, y un alguacil con capa y gorra, honrando unos azotes como pudiera un bautismo, detrás de una sarta de ladrones que azotan; pero siento, que cuando el pregonero dice: A estos hombres por ladrones, suena el eco en la vara del alguacil, y en la pluma del escribano.

Mas dijera si no le detuviera la grandeza con que un hombre rico iba en una carroza, tan hinchado, que parecia porfiaba á sacarla de usillo, pretendiendo parecer tan grave, que á las cuatro bestias aun se lo parecia, segun el espacio con que andaban. Iba muy derecho, preciándose de espetado, escaso de ojos, y avarienco de miraduras, ahorrando cortesías con todos, sumida la cara en un cuello abierto hácia arriba, que parecia vela en papel, y tan olvidado de sus conjunturas, que no sabia por dónde volverse á hacer una cortesía, ni levantar el brazo á quitarse el sombrero, el cual parecia miembro, segun estaba fijo y firme. Cercaban el coche cantidad de criados, traídos con artificio, entretenidos con promesas, y sustentados con esperanzas. Otra parte iba de acompañamiento de acreedores, cuyo crédito sustentaba toda aquella máquina. Iba un bufon en el coche entreteniéndole. Para tí se hizo el mundo, dije yo, luego que le ví, que tan descuidado vives; y con tanto descanso y grandeza. ¡Qué bien empleada hacienda! ¡Qué lucida! ¡Y cómo representa bien quién es este caballero! Todo

cuanto piensas (dijo el viejo) es disparate, y mentira cuanto dices; y solo aciertas en decir que el mundo solo se hizo para este: y es verdad, porque el mundo solo es trabajo y vanidad; y este es todo vanidad y locura. ¿Ves los caballos? Pues comiéndose van, á vueltas de la cebada y paja, al que le fia á este, y por cortesía de las ejecuciones trae ropilla. Mas trabajo le cuesta la fábrica de sus embustes para comer que si lo ganara cavando. ¿Ves aquel bufon? Pues has de advertir que tiene por bufon al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿Qué mas miseria quieres de estos ricos, que todo el año andan comprando mentiras y adulaciones, y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Va aquel tan contento, porque el truhan le ha dicho que no hay tal príncipe como él, y que todos los demás son unos escuderos, como si ello fuera así, y se diferencian muy poco porque el uno es juglar del otro, y de esta suerte el rico se rie con el bufon, y el bufon se rie del rico, porque hace caso de lo que le lisonjea.

Venia una mujer muy hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban, y dejando los corazones llenos de deseos: iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro á los que ya la habian visto, y descubriéndole á los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo; tal vez por tejadillo: ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto; ya hacia brújula, mostrando un ojo solo; y tapada de medio lado, descubria un tarazon de mejilla. Los cabellos martirizados hacian sortijas á las sienes: el rostro era nieve, grana y rosas, que se conservaban en amistad, esparcidas por labios, cuello y mejillas: los dientes transparentes; y las manos que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones: el talle y paso ocasionando pensamientos lascivos: y tan rica y galana, como cargada de joyas, recibidas y no compradas. Vila, y arrebatado de la naturaleza quise seguirla entre los demás; y á no tropezar con las canas del viejo, lo hiciera. Volvíme atrás diciendo: Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa, no estima á la naturaleza su mayor cuidado, y su mayor obra. ¡Dichoso es el que halla tal ocasion, y sabio el que la goza! ¡Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer que nació para amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta, y olvida su amor correspondido, teniéndole todo en poco, y tratándole con desprecio. ¡Qué ojos tan honesta-

mente hermosos! ; Qué mirar tan cauteloso, y prevenido en los descuidos de un alma libre! ; Qué cejas tan negras, esforzando recíprocamente la blancura de la frente! ; Qué mejillas, donde la sangre, mezclada con la leche, enjendra lo rosado que admira! ; Qué labios encarnados guardando perlas, que la risa muestra con recato! ; Qué cuello! ; Qué manos! ; Qué talle! Todos son causa de perdicion, y juntamente, disculpa del que se pierde por ella. ¿Qué mas le queda á la edad que decir, y al apetito que desear? dijo el viejo. Trabajo tienes si con cada cosa que ves haces lo mismo. Triste fué tu vida: no naciste sino para admirado: hasta ahora te juzgaba por ciego, y ahora veo que tambien eres loco; y echo de ver que hasta ahora no sabes para lo que Dios te dió los ojos, ni cuál es su oficio: ellos han de ver, y la razon ha de juzgar y elegir: al revés lo haces ó nada haces, que es peor. Si te andas á creerlos, padecerás mil confusiones, tendrás las sierras por azules, y lo grande por pequeño; que la longitud y la proximidad engañan á la vista. ¿Qué rio caudaloso no se burla de ella, pues para saber hácia dónde corre, es menester una paja ó ramo que se lo muestre! ; Viste esa vision, que acostándose fea, se hizo esta mañana hermosa ella misma, y hace estremos grandes? Pues sábete que las mujeres lo primero que se visten en despertando es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves en ella es tienda y no natural. ¿ Ves el cabello? Pues comprado es, y no criado: las cejas tienen mas de ahumadas que de negras: y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran: los dientes que ves, y la boca, era de puro negra un tintero y á puros polvos se ha hecho salvadera: la cera de los oidos se ha pasado á los labios, y cada uno es una candelilla: las manos, pues, lo que parece blanco es untado. ¿Qué cosa es ver una mujer, que ha de salir otro dia á que la vean, echarse la noche antes en adobo, y verias acostar las caras hechas cofines de pasas, y á la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren? ¿Qué es ver una fea, ó una vieja, querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma? ¿Estásla mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras no las conocerias; y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan, y secan, y derriten mas jalbeques que sus faldas, desconfiadas de sus per-

sonas. Cuando quieren halagar algunas narices, luego se encomiendan á la pastilla, y al sahumerio, ó aguas de olor; y á veces, los piés disimulan el sudor con zapatillas de ámbar. Dígame que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer, y ahíños de lo que parece. Si las besas, te embarran los lábios: si la abrazas, aprietas tablillas, y abollas carretones: si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines: si la pretendes, te cansas: si la alcanzas, te embarazas: si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue: si la quieres, te deja. Dame á entender de qué modo es buena; y considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza, á quien hacen poderoso nuestras necesidades, mas provechosas sufridas, ó castigadas, que satisfechas, y verás tus disparates claros. Considérala padeciendo los meses, y te dará asco; y cuando está sin ellos, acuérdate que los ha tenido, y que los ha de padecer, y te dará horror lo que te enamora; y avergüénzate de andar perdido por cosas, que en cualquier estatua de palo tienen menos asqueroso fundamento. Mirando estaba yo confusion de gente tan grande, cuando dos figurones, entre fantasmas y colosos, con caras abominables, y facciones traídas, tiraron una cuerda. Delgada me pareció, y de mil diferentes colores; y dando gritos por unas simas, que abrieron por bocas, dijeron: Ea, gente cuerda, alto á la obra. No lo hubieron dicho, cuando de todo el mundo, que estaba al otro lado, se vinieron á la sombra de la cuerda muchos; y en entrando, eran todos tan diferentes, que parecían transmutacion ó encanto. Yo no conocí alguno. ¡Válgate Dios por cuerda, decía yo, que tales tropelías haces! El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carcajadas sin dientes, con tantos dobleces de mejillas, que se arremetían á sollozos, mirando mi confusion. Aquella mujer allí fuera estaba mas compuesta que copla, mas serena que la del mar, con una honestidad en los huesos, y anublada de manto; y en entrando aquí ha desatado las coyunturas, mira de par en par; y por los ojos está disparando las entrañas á aquellos mancebos, y no deja descansar la lengua en cecéos, los ojos en guiñaduras, y las manos en teclados de moño. ¿Qué te ha dado mujer? ¿Eres tú la que yo ví allá? Sí es, decía el vejete con una voz trompicada en toses, y con juanetes de gargajos: ella es: mas por debajo de la cuerda hace estas habilidades. Y aquel que

estaba allí tan ajustado de ferreruelo, tan atusado de traje, tan recoleto de rostro, tan angustiado de ojos, tan mortificado de habla, que daba respeto y veneracion, dije yo, ¿cómo no hubo pasado cuando se descerrajó de mohatras, y de usuras, montero de necesidades, que las arma trampas, y perpetuo vocinglero de tanto mas cuanto anda acechando logros? Ya te he dicho que eso es por debajo de la cuerda. ; Válate el diablo por cuerda, que tales cosas urdes! Aquel que anda escribiendo billetes, sonsacando virginidades, solicitando deshonoras, y facilitando maldades; yo lo conocí á la orilla de la cuerda dignidad gravísima. Pues por debajo de la cuerda tiene esas ocupaciones, respondió mi ayo. Aquel que anda allí juntando bregas, azuzando pependencias, revolviendo caldos, alimentando zizañas, calificando porfías, y dando pistos á temas desmayadas, yo lo ví fuera de la cuerda revolviendo libros, ajustando leyes, examinando la justicia, ordenando peticiones, y dando pareceres: ¿cómo he de entender estas cosas? Ya te lo he dicho, dijo el buen caduco: ese propio por debajo de la cuerda hace lo que ves, tan al contrario de lo que profesa. Mira aquel que fuera de la cuerda viste á la brida en mula tartamuda de paso, con ropilla, ferreruelo, guantes y receta, dando jarabes, cuál anda aquí á la brida en un basilisco, con peto, espaldar, y manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando las vidas, que allí parecia que curaba: aquí por debajo de cuerda está estirando las enfermedades para que den de sí, y se alarguen, y allí parecia que rehusaba las pagas de las visitas. Mira, mira aquel maldito cortesano, acompañante perdurable de los dichosos, cuál andaba allí fuera á la vista de aquel ministro, mirando las zalemas de los otros para escederlas, rematando las reverencias en desaparecimientos; tan bajas las hacia, por pujar á otros la ceremonia que tocaban en debuces. ¿No le viste siempre inclinada la cabeza, como si recibiera bendiciones, y negociar de puro humilde á lo Guadiana por debajo de tierra, y aquel amen sonoro, y anticipado á todos los otros bergantes á cuanto el patron dice y contradice? Pues mírale allí por debajo de la cuerda, royéndole los zancajos, que ya se le ve el hueso, abrasándole en chismes, maldiciéndole, y engañándole, y volviendo en gestos y en muecas las esclavitudes de la lisonja, lo cariacontecido del semblante, y las adulaciones menudas del coleo de la barba, y de los

entretenimientos de la jeta. ¿Viste allá fuera aquel maridillo dar voces, que hundia el barrio: cierran esa puerta: qué cosa es ventana: no quiero coche: en mi casa me como: calle, y pase, que así hago yo: todo es séquito de la negra honra? Pues mírale por debajo de la cuerda encarecer con sus desabrimientos los encierros de su mujer. Mírale amodorrado con una promesa, y los negocios que se le ofrecen, cuando le ofrecen: cómo vuelve á su casa con un esquilon por tos, tan sonora que se oye á seis calles. ¡Qué calidad tan inmensa, y que honra halla en lo que come, y en lo que le sobra: qué nota en lo que pide y le falta; qué sospechoso es de los pobres; qué buen concepto tiene de los dadivosos y ricos; qué á raiz tiene el sueño de los que no pueden mas; y qué á propósito las jornadas para los precipitados de dádiva! ¿Ves aquel bellaconazo, que allí está vendiéndose por amigo de aquel hombre casado, arremetiéndose á hermano, que acude á sus enfermedades, y á sus pleitos, que le prestaba y acompañaba? Pues mírale por debajo de la cuerda añadiéndole hijos, embarazos á la cabeza, y trompicones en el pelo. Oye cómo reprendiéndoselo aquel vecino, que parece mal que entre á cosas semejantes en casa de su amigo, donde le admiten, y se fien de él, y le abren la puerta á todas horas, él responde: ¿Pues qué quereis que vaya donde me aguarden con una escopeta, no se fien de mí, y me nieguen la entrada? Eso seria ser necio, si estotro es ser bellaco. Quedé admirado de oír al buen viejo, y de ver lo que pasaba por debajo de la cuerda en el mundo; y dije entre mí: si á tan delgada sombra, fiando su cubierta del bulto de una cuerda, son tales hombres, ¿qué serán debajo de tinieblas de mayor bulto, y latitud?

Estraña cosa era de ver cómo casi todos se venian de la otra parte del mundo á declararse de costumbres en estando debajo de la cuerda. Y luego á la postre ví otra maravilla, que siendo esta cuerda una línea invisible, casi debajo de ella cabian infinitas multitudes: y que hay *debajo de cuerda* en todos los sentidos y potencias, y en todas partes, y en todos officios; y yo lo veo por mí, que ahora escribo este discurso diciendo, que es para entretener, y por debajo de cuerda doy un jabon muy bueno á los que dí halagos muy sazonados. Con esto el viejo me dijo: Forzoso es que descanses, que el choque de tantas admiraciones, y

de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginacion. Reposa un poco, para que lo que resta te enseñe y no te atormente. Yo tal estaba, que dí conmigo en el sueño, y en el suelo, obediente y cansado.

FIN DE EL MUNDO POR DENTRO.

HISTORIA Y VIDA

DEL GRAN TACAÑO.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que cuenta quien es y de dónde.

Yo, señor, soy de Segovia: mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo (Dios le tenga en el cielo). Fué tal, como todos dicen, de oficio barbero; aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corria le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa; y segun él bebia, era cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo, y nieta de Lévido Ziuraconte.

Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja; aunque ella, por los nombres de sus pasados, esforzaba que descendia de los del Triunvirato romano. Tuvo muy buen parecer, y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió todos los copleros de España hacian cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recien casada, y aun despues, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metia el dos de bastos para sacar el as de oros. Probósele que á todos los que hacia la barba á navaja, mientras les daba con el agua, levantádoles la cara para el lavatorio, un mi hermano, de siete años, les sacaba (muy á su salvo) los tuétanos de las faltriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre, por ser tal, que robaba á todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso; aunque (segun á mi me han dicho) despues salió de la cár-

cel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que á ninguno llamaban señoría. Las damas diz que salian por verle á las ventanas ; que siempre pareció bien mi padre á pié y á caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ageno soy de ella. Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un dia, alabándomela una vieja, que me crió, decia que era tal su agrado, que hechizaba á todos cuantos la trataban : solo diz que le dijo no sé qué de un cabron, la cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas y resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos, otras aljebriista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcahueta, y flux de los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oia esto de todos, era para mas atraerles las voluntades. No me detendré en decir la penitencia áspera que hacia. Tenia su aposento donde sola ella entraba (y algunas veces yo, que como chiquito podia), todo rodeado de calaveras, que ella decia eran para recuerdos y memorias de la muerte ; y otros por vituperarla decian, que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado ; y decíame á mí : ¿ Qué piensas ? con el recuerdo de esto aconsejo á los que bien quiere, que para que se libren de ellas vivan con la barba sobre el hombro ; de suerte, que ni aun con mínimos indicios se les averigüe lo que hicieren. Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre á quién habia de imitar en el oficio ; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni á uno ni á otro. Decíame mi padre : Hijo, esto de ser ladron, no es arte mecánica sino liberal ; y de allí á un rato, habiendo suspirado, decia : De manos ; quien no hurta en el mundo, no vive. ¿ Por qué piensas que los alguaciles y alcaldes nos aborrecen tanto ? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el dia de nuestro santo. No lo puedo decir sin lágrimas (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habian bataneado las costillas) : porque no queria que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros ; mas de todo nos libra la buena astucia. En mis mocedades siempre andaba por las iglesias (y no cierto de puro buen cristiano). Muchas veces me hubieran llevado caballero en

el asno, si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé, sino cuando lo manda la Santa Madre Iglesia; y así, con esto y mi oficio, he sustentado á tu madre lo mas honradamente que he podido. ¿Cómo me habeis sustentado? dijo ella con gran cólera (que le pesaba que yo no me aplicase á brujo). Yo os he sustentado á vos y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿ era por vuestro ánimo ó por las bebidas que os daba? Gracias á mis botes; y si no temiera que me habian de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré, por la chimenea y os saqué por el tejado. Mas dijera, segun se habia encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos, que tenia metidos en paz. Yo les dije que queria aprender virtud resueltamente y ir con mis buenos pensamientos adelante; y así, que me pusiesen á la escuela, pues sin leer ni escribir no se podia hacer nada. Parecióles bien lo que yo decia, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó á ocuparse en ensartar las muelas; y mi padre fué á rapar á uno (así lo dijo él) no sé si la barba ó la bolsa: yo me quedé solo, dando gracias á Dios que me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

CAPITULO II.

De como fui á la escuela y lo que en ella me sucedió.

A otro dia ya estaba comprada cartilla y hablado al maestro. Fui, señor, á la escuela; recibíome muy alegre, diciendo que tenia cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirle, dí muy bien la lición aquella mañana. Sentábame el maestro junto á sí: ganaba la palmatoria los mas dias por venir antes, y íbame el postrero por hacer algunos recaudos de señora (que así llamábamos á la mujer del maestro). Teníalos á todos con semejantes caricias obligados. Favorecieron me demasiado, y con esto creció la envidia entre los demás niños. Llegábame de todos á los hijos de caballeros, y particularmente á un hijo de D. Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Íbame á su casa los dias de fiesta y acompañábale cada dia. Los otros, ó porque no les hablaba, ó porque les parecia demasiado punto el mio, siempre andaban poniéndome nombres tocante al oficio de mis padres. Unos me llamaban D. Navaja:

otros me llamaban D. Ventosa. Cual decia (por disculpar la envidia) que me queria mal, porque mi madre le habia chupado dos hermanitas pequeñas de noche. Otro decia que á mi padre le habian llevado á su casa para que la limpiase de ratones, por llamarle gato. Otros me decian zape cuando pasaba, y otros miz. Cuál decia: Yo le tiré dos berengenas á su madre cuando fué obispo. Al fin, con todo quanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria á Dios. Y aunque yo me corria, disimulábalo y todo lo sufria, hasta que un dia un muchacho se atrevió á decirme á voces: Hijo de una puta y hechicera; lo cual, como lo dijo tan claro (que aun si lo dijera turbio no me pesara), agarré una piedra y descalabréle. Fuíme á mi madre corriendo que me escondiese, y contéla todo el caso; á lo cual me dijo: Muy bien hiciste: bien muestras quien eres: solo anduviste errado en no preguntarle quien se lo dijo. Cuando yo oí esto (como siempre tuve altos pensamientos), volvíme á ella y dije: ¡ Ah, madre! pésame solo de que algunos de los que allí se hallaron, me dijeron no tenia que ofenderme por ello; y no les pregunté si era por la poca edad del que lo habia dicho. Roguéla que me declarase si pudiera haberle desmentido con verdad; y que me dijese si me habia concebido á escote entre muchos, ó si era hijo de mi padre. Rióse, y dijo: ¡ Ah! noramala; ¿ eso sabes decir? no serás bobo: gracias tienes: muy bien hicisté en quebrarle la cabeza; que estas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir. Yo con esto quedé como muerto, determinando de coger lo que pudiese en breves dias y salirme de casa de mi padre; tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé, fué mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvíme á la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razon que habia tenido. En todo esto siempre me visitaba el hijo de D. Alonso de Zúñiga, que se llamaba D. Diego, porque me queria bien naturalmente; que yo trocaba con él los peones, si eran mejores los míos. Dábale de lo que almorzaba, y no le pedia de lo que él comia: comprábale estampas, enseñábale á luchar, jugaba con él al toro y entreteníale siempre. Así que, los mas dias los padres del caballero, viendo quanto le regocijaba mi compañía, rogaban á los míos que me dejasen con él á comer, cenar, y aun dormir los mas dias. Suce-

dió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenia fama de consejero, que el D. Dieguito me dijo: Ola, llámale Poncio Pilatos, y da á correr. Yo, por darle gusto á mi amigo, llaméle Poncio Pilatos: Corrióse tanto el hombre, que dió á correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme; de suerte que fué forzoso meterme huyendo en casa del maestro. Entró el hombre dando gritos tras mí; y defendiéndome el maestro, asegurando que no me matase, prometiéndome de castigarme; y así luego, aunque la señora le rogó por mí (movida de lo que la servia) no aprovechó, y mandándome desatacar y azotándome, decia tras de cada azote: ¿Direis mas Poncio Pilatos? Yo respondia: No señor; y respondílo dos veces á otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo, que mandándome el dia siguiente decir, como solia, las oraciones á los otros, llegando al credo (advierta V. la inocente malicia) al tiempo de decir: Padeció só el poder de Poncio Pilato, acordándome que no habia de decir mas Pilatos, dije: Padeció só el poder de Poncio de Aguirre. Dióle al maestro tanta risa de oir mi simplicidad y de ver el miedo que le habia tenido, que me abrazó y me dió una firma, en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese: con esto fuí muy contento. Llegó (por no enfadar) el tiempo de las Carnestolendas; y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos. Echamos suertes entre doce, señalados por él, y cúpome á mí. Avisé á mis padres que me buscasen galas. Llegó el dia, y salí en un caballo ético y mustio, el cual, mas de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola: el pescuezo de camello, y mas largo: la cara no tenia sino un ojo, aunque overo. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenia á cargo en el ganarle la racion. Yendo, pues, en él dando vueltas á un lado y á otro, como fariseo en paso, y los demás niños todos aderezados tras mí, pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las verduleras (Dios nos libre) agarró mi caballo un repollo á una; y ni fué visto ni oido, cuando lo despachó á las tripas, á las cuales, como iba rodando por el gaznate,